

Profundizar en el conocimiento de las causas y sus efectos

Ángel Bassols Batalla*

La invitación a colaborar en *Problemas del Desarrollo* ofrece no sólo una magnífica oportunidad para tratar diversos temas, implícitos en las difíciles relaciones de ayer y de hoy entre dos países vecinos, sino que representa además un momento precioso para reflexionar —así sea brevemente— alrededor de múltiples procesos de orden social y político, de los cuales dependerá en buena medida el porvenir inmediato de México.

La importancia de dichos temas crece ahora, no tanto (o no sólo) por el hecho de que el Presidente Clinton nos haya visitado recientemente, sino porque nos encontramos en pleno periodo histórico llamado “Tercera Etapa de la Globalización”, acompañado a su vez por múltiples crisis simultáneas. La transnacionalización extensa de la economía, que en su fase más reciente dio comienzo hacia 1965, estrecha en forma obligada las relaciones entre pueblos y gobiernos y es por ello necesario debatir, tanto los nexos favorables como los que no lo son a nuestros intereses nacionales. Dichas interrelaciones con el tiempo tenderán irremediabilmente a integrar *sistemas* sumamente complejos, que podrían perjudicar la seguridad de una convivencia pacífica y perdurable.

México y Estados Unidos —se repite a toda hora— son vecinos de un tipo especial, en cuyos territorios se produce una perpetua confrontación entre las realidades de aquella *superpotencia*, donde el capitalismo moderno ha alcanzado su máxima expresión económica, política y militar, frente a esta débil nación, cuyos caracteres estructurales la identifican sin lugar a dudas como integrante histórico del mapa latinoamericano, a su vez parte indisoluble del llamado “Tercer Mundo, en

* Investigador Titular y Emérito del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

proceso de desarrollo". Los recientes actos que por arte de magia pretendieron *incrustar* a México en el seno del mundo *desarrollado*, no fueron sino escandalosos malabarismos de corte *político*, para "forzar" la inserción de nuestro país en la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo (OECD), que agrupa a una veintena de entidades de corte industrial-postindustrial.

Sólidas bases para conocer la realidad de nuestros países

Ahora bien, en las actuales circunstancias y cuando se intensifican diversos aspectos negativos, que agravan aún más los candentes problemas fronterizos y/o de carácter nacional, cualquier analista debe optar por enfocarlos en una u otra escala de análisis. O se decide por utilizar una metodología que engloba aspectos meramente "coyunturales", o bien va más allá del suceso de interés transitorio y su exposición trata de presentar algunos elementos, que al menos ayuden a comprender la génesis y proyección de determinados hechos. En resumen, los análisis de tipo coyuntural constatan *fenómenos* del momento que corre, en tanto que los segundos procuran llegar más allá, aportando elementos que permitan entender mejor los procesos ocurridos y las estructuras que éstos han generado. Siempre hemos optado por seguir la segunda vía e incluso una apretada síntesis como ésta puede agrupar algunos argumentos de carácter geográfico y socioeconómico.

Analizar con propiedad una compleja problemática, como lo es la relación México-Estados Unidos presupone haber adquirido al respecto un conocimiento relativamente maduro. En este sentido, podríamos argüir que desde hace muchos años comenzó nuestro progresivo contacto con la realidad tanto de México como de Estados Unidos.¹ En otros momentos he rela-

1 Véase entre otros libros publicados por el IIEC-UNAM u otras instituciones, referentes exclusivamente al conjunto o las partes que integran las franjas fronterizas septentrionales mexicanas: 1) Primera y Segunda Exploraciones geográficas-biológicas en la Península de Baja California; 1959 y 1960. 2) *El Noroeste de México. Un estudio geográfico-económico*; 1972. 3) *Lucha por el espacio social. Regiones del Norte y Noroeste de México*; 1986. 4)

tado la forma casi "bárbara" de encontrarme cara a cara y por primera vez con la realidad estadounidense a fines de 1940, cuando en ese periodo previo a la entrada directa del país en la Segunda Guerra Mundial, por los caminos de Texas deambulaban centenares de obreros desempleados. Terminaba entonces la llamada "Gran Depresión", que se había desencadenado desde 1929, pero aún subsistían en forma descarnada numerosos problemas económicos y sociales de ella derivados.

Más tarde, en 1952-1953, laboré como traductor en el seno de la Organización de Naciones Unidas; y cuando por las noches solía visitar la casa de nuestro gran escritor Andrés Bello en las vecindades del barrio de Harlem, se sucedían una tras otra las ráfagas disparadas por los mafiosos en las luchas callejeras. Pude emprender un largo viaje por ese gigantesco país, en el cual estaban todavía en vigor diversas leyes de discriminación racial. Las gentes de raza negra por ejemplo, se veían obligadas a pasar al fondo de los autobuses, cuando éstos cruzaban los límites entre Nuevo México y Texas. A un compatriota de tez morena que me acompañaba le fue negado el acceso al restaurante en plena ciudad de Austin, aunque el propietario finalmente se vio obligado a servirnos.²

Derivamos a investigaciones personales y colectivas sobre distintas regiones de Norteamérica: la actual dio comienzo en 1992 y su título explica el contenido: "Franjas Fronterizas México-Estados Unidos. Organización y contradicciones espaciales". Más de cuarenta viajes por el espacio fronterizo de las dos naciones y la correspondiente investigación de gabinete, han permitido alcanzar una mejor comprensión de esa compleja y disímbola problemática. Por otro lado en estos años llevamos a cabo viajes a distintas ciudades que, como Chicago y Washington, resultan de la mayor importancia para lograr ese más profundo conocimiento del complejo mosaico que representa Estados Unidos.

Folletos y artículos del autor de estas líneas publicados a partir de 1951, sobre estos temas regionales.

2 A fines de 1944, cuando acompañaba a mi padre el Lic. Narciso Bassols a ocupar su puesto de embajador en Moscú, para efectuar trámites visitamos el edificio del Pentágono e incluso viví en un cuartel militar cercano a Nueva York, desde el cual saldría para iniciar el largo viaje a las costas de África, el Medio Oriente y la entonces Unión Soviética en guerra.

Sin embargo, la ruptura del secular aislamiento internacional de nuestro país puede ahora convertirse en su contrario: una total dependencia frente a Estados Unidos. Para evitarlo e independientemente de la forma en que consideremos la historia de nuestras relaciones con el vecino del norte, debemos entender en forma específica sus procesos formativos, con especial énfasis en las regiones y los problemas actuales. La llamada “gran frontera” México–Estados Unidos, espera todavía un conocimiento más profundo de su polifacética realidad.

¿Eternas contradicciones?

El paulatino proceso de conocimiento mutuo de nuestros pueblos arranca desde aquella época, a finales del siglo XVIII, en que los colonizadores hispanos y mexicanos que se habían movilizado de sur a norte en las vastas planicies y zonas montañosas norteamericanas, se encontraron con los primeros aventureros, negociantes en pieles, mineros y militares que iniciaban hacia el poniente otro proceso de penetración, para dominar más tarde lo que hoy se conoce como el suroeste y el pacífico estadounidenses. Desde su inicio esos movimientos demográficos dieron origen a numerosos conflictos, unos entre europeos e indios, otros entre diversos grupos que servían a los distintos imperios de entonces (entre ellos rusos, franceses e ingleses) o bien entre hispanos y criollos mexicanos, cuando éstos últimos comenzaban a tomar conciencia de sus derechos sobre las tierras que habían ayudado a conquistar.

La colonización de Texas puso en acción un verdadero *plan* yanqui para la conquista de ese rico territorio, lo cual se logró en 1835–1845 gracias primero a una volátil “Independencia” y posteriormente a la anexión tejana. La expresión más brutal fue la guerra de 1846–1848, en la cual un ejército para entonces ya bien pertrechado y disciplinado derrotó a los soldados de un México caótico, sumido en el subdesarrollo postcolonial y gobernado por sátrapas y traidores a su nacionalidad, como Santa Anna; años después se vendió el territorio llamado de La Mesilla y para 1859 se nos imponía (afortunadamente sin resultados prácticos) el Tratado McLane–Ocampo y se desataba un alud de pretensiones espaciales (por compra o nuevas

invasiones) hasta que se consolidó la era dictatorial de Porfirio Díaz (1880–1911).

Si bien las conquistas territoriales estadounidenses en suelo mexicano habían terminado, al encumbrarse Estados Unidos como potencia económica mundial durante la segunda mitad del siglo XIX, recibieron todas las facilidades para incrementar su dominio en la economía y las finanzas de México. Concretamente en las franjas fronterizas, los intereses del vecino país se apoderaron de enormes extensiones de terrenos ganaderos y agrícolas, zonas mineras, amén de construir los ferrocarriles, concesionados por el gobierno porfirista. Se consolidó así la “primera dependencia” mexicana respecto a Estados Unidos, contra la cual se levantarían las posteriores transformaciones sociales de la Revolución Mexicana.

A este respecto conviene volver los ojos hacia determinadas premisas de ese rápido desarrollo histórico de Estados Unidos y su precoz sed de dominio externo, así como de los cambios dialécticos que hoy se observan en su seno, afectando las relaciones con México.

1. Sin caer en un *determinismo geográfico*, como supuesta “explicación” de los acontecimientos socioeconómicos, Leo Huberman señala con lucidez que las tierras del nuevo país ofrecían enormes extensiones de terrenos vírgenes, grandes bosques y caudalosos ríos, así como riquezas minerales que la primera revolución industrial (y con mayor razón la segunda) permitirían aprovechar en la nueva era del maquinismo, los ferrocarriles y el petróleo.³ Pero el propio Huberman agrega que fue posible aprovechar esos grandes recursos naturales, gracias a una constante inmigración europea que había recibido capacitación para el trabajo moderno y huía además de las persecuciones religiosas y políticas.
2. En las primitivas colonias inglesas se había creado un cierto “espíritu de igualdad” que inmediatamente después de alcanzada su Independencia permitió la elección de legislaturas en cada Estado y la posibilidad de dictar leyes propias.

3 *Historia de los Estados Unidos. Nosotros, el pueblo*. México, Editorial Nuestro Tiempo, 1989, p. 13.

“Habría de regir –dice– la libertad religiosa. En cada uno de los municipios se dejaría de lado una fracción de tierra que debería destinarse a la educación pública. No debería existir esclavitud (y) al morir un hombre sin dejar testamento, sus bienes se dividirían equitativamente entre sus hijos e hijas”, según la Ordenanza Noroeste de 1783. Los cambios ocurridos después de la revolución fueron tan novedosos que otorgaron muy tempranamente a Estados Unidos la reputación de ser un “país libre”.

3. Junto a este nacimiento progresista, sin embargo, las fuerzas de poder en Estados Unidos impregnaron el ambiente con los prejuicios heredados de una ideología llamada del “Destino Manifiesto”. Al mismo tiempo que se reconocía “el derecho que el individuo tiene sobre sí mismo” y las creencias religiosas se elevaban al rango de máxima moral, todavía en 1885 Josiah Strong afirmaba: “Por cierto no se necesita (poseer una) mirada de profeta para ver que la civilización de los Estados Unidos será la civilización de América y que el futuro del continente es nuestro”.⁴ Y no sólo eso, sino que Strong concluía su arenga reafirmando la convicción de que los cristianos (protestantes) de Estados Unidos podían nada menos que “acelerar o retardar el advenimiento del reino de Cristo al Mundo, por centenares o quizás millares de años”.

4. Las propias leyes que originan los procesos internos de la sociedad son la clave para entender el desarrollo industrial y postindustrial de ese país. El capitalismo estadounidense, a pesar de la existencia del sistema esclavista hasta el fin de la Guerra Civil en 1865, se conformó libre de numerosas taras feudales, pero un autor como Ira Sharkansky tituló su libro: *EUA. Un país en vías de desarrollo*, (Editores Asociados, 1977), aduciendo varias razones para llamar de esta manera a una nación que se encontraba entonces en su apogeo de postguerra. En primer lugar, dice, la subsistencia en EU de millones de personas que viven por debajo de la “línea de la pobreza” y de una creciente desigualdad regional y urbana, así como la presencia de minorías raciales y étnicas cuyos

niveles de ingresos, educación, vivienda y salud son también “inferiores a la media nacional”. Por otro lado, Sharkansky señalaba desde entonces las crecientes contradicciones entre gobiernos locales y centralización gubernamental; concentración del poder político y debilitamiento de las clases trabajadoras, además de sistemas de impuestos que distribuyen los beneficios de manera regresiva. Hoy contemplamos una cada vez más violenta contienda entre los intereses regionales o de facción y los del gobierno central, llegando hasta el extremo de provocar acciones armadas como las ocurridas recientemente en Texas. En los años setenta estallaba el conflicto entre la minoría negra y la población blanca; hoy existe una abierta rebeldía de las minorías “latinas y asiáticas para obtener su total igualdad dentro de la sociedad norteamericana”. Se exacerba en 1997 el ánimo contra los indocumentados, que llegan a Estados Unidos creyendo encontrar empleo seguro y bien remunerado. Son sin duda los problemas internos en la “meca del capitalismo”, los que explican el rechazo y la persecución que sufren esos millones de nuevos parias.

Lo más importante es comprender el papel decisivo que en la vida estadounidense juegan las grandes fuerzas de poder, o sea los “verdaderos gobernantes” de ese país, como los titula acertadamente G. William Donhoff. ¿Quiénes son ellos?. Desde luego los propietarios del gran capital; las fundaciones de tipo político; los dirigentes de los partidos Republicano y Demócrata; así como los líderes estatales y regionales, la cúpula militar y las agencias de inteligencia.⁵ A pesar de que el largo periodo de la llamada “guerra fría” terminó hace varios años con la desaparición de la Unión Soviética, las estructuras económicas internas de Estados Unidos han ido cambiando con lentitud y se conserva en lo esencial el dominio económico y político de las grandes fuerzas de poder. El llamado “complejo militar-industrial” continúa existiendo y a él pertenecen entre otros los grandes consorcios de negocios aeroespaciales como Boeing, Gencorp, General Dynamics, Lockheed Martin, United Technologies, McDonnell Douglas, Thiokol y Northrop Grum-

4 *EUA. Documentos de su Historia Socioeconómica III*. México, Instituto Mora, 1988, p. 68.

5 *¿Quién gobierna Estados Unidos?*, México, Siglo XXI Editores, 1994.

man. Las ventas de esas ocho empresas ascendieron en 1995 a la suma de 92 091 millones de dólares, con una ganancia de 2 008 millones (*Business Week*, marzo 4 de 1996). Todas las grandes ramas de la industria estadounidense están dominadas por los llamados *Group Composite* o conglomerados de primera línea, ahora de proyección transnacional. Lo mismo puede decirse de los bancos, los energéticos, productos para la salud, construcción, minería y servicios. Cuando se vive la "Tercera Etapa de la Globalización"⁶ Estados Unidos continúa ocupando el primer sitio mundial por su Producto Interno Bruto, pero a partir de los años sesenta su sociedad sufre problemas socioeconómicos cada vez más graves, que a su vez expresan profundas crisis estructurales. Ahora bien, preguntáramos a ciertos inconformes: si los males del mundo actual son inherentes al sistema capitalista, basado en la transnacionalización, la desigualdad y una desenfundada carrera por la riqueza ¿por qué nos quejamos?

Sólo a guisa de ejemplos tomados al azar, señalemos dos casos. De acuerdo a un informe del Congreso, en 1995 la Unión Americana erogó más de 500 000 millones de dólares como "costo de crímenes y narcotráfico", y el gasto en drogas ilícitas habría llegado a más de 67 000 millones de dólares en 1993. Sólo la inversión en prisiones y sistemas de seguridad alcanzó en ese mismo año la cifra de 155 000 millones de dólares, en tanto que combatir el abuso contra los niños exige erogaciones por 53 000 millones. Los robos en casa habitación se estimaron en 18 000 millones y otros 5 000 resultaron de incendios provocados en bosques y ciudades. No sorprende entonces la noticia de que los estadounidenses poseen, nada menos que 192 millones de armas en sus hogares, de las cuales 127 millones son de cañón largo.

Asociado a lo anterior resultan las cifras que sobre el consumo de drogas en ese país publicara en mayo de 1997 la revista *Time*. De acuerdo al semanario, el número de usuarios de drogas "suaves" asciende a más de diez millones de personas y otros dos millones consumen heroína, anfetaminas y cocaí-

⁶ Para entender los prolegómenos véase: *Historia de la Globalización. Orígenes del Orden Económico Mundial*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1996.

na-crack. El problema sigue creciendo, y envuelve en su siniestra cauda de violencia y crimen a países enteros productores de diversos tipos de droga, entre ellos Colombia, Perú y México.

En conclusión, las relaciones México-Estados Unidos se encuentran regidas por las grandes fuerzas de poder; están sujetas al vaivén de los "ciclos de negocios" (*business cycles*) y perpetuamente maniatadas por los intereses creados de aquí, allá y acullá. La cooperación entre los dos países es inevitable, pero eso no debe significar la entrega de nuestro petróleo y otros recursos naturales a los grandes consorcios. El exSecretario de Defensa Caspar Weinberger publica su libro *¿Ciencia ficción? sobre la "próxima guerra" con México: obvio chantaje*. Incluso el Presidente Miguel Alemán se negó en su tiempo a firmar el pacto militar que entonces le ofrecieron. Los enemigos de un México fuerte y soberano, atizan la división entre nosotros: dicen que estamos "en la frontera del caos". Por lo contrario, es hora de cerrar filas.